

ROSA FALCONE

GENEALOGÍA DE LA LOCURA

**Discursos y prácticas de la alienación mental
en el positivismo argentino (1880-1930)**

Prólogo de HUGO E. BIAGINI

**Letra
Viva**

Indice

Prólogo, por Hugo E. Biagini	7
Introducción	11
CAPÍTULO 1. Rasgos de época: política, educación, atmósfera cultural	29
CAPÍTULO 2. Los hombres del '80: una generación decisiva	49
CAPÍTULO 3. La recepción del positivismo europeo y los primeros pronunciamentos antipositivistas (1880-1918).	73
CAPÍTULO 4. La nueva universidad: el reformismo en Filosofía y Letras de Buenos Aires (1918-1930).	109
CAPÍTULO 5. Proyectos institucionales y las primitivas formas de la alienación mental (fines del siglo XIX)	149
CAPÍTULO 6. La temprana influencia de Pinel en Argentina: causas de la locura y tratamiento moral	179
CAPÍTULO 7. Sobre la locura, el delito y la criminalidad en Ingenieros y Korn.	209
Síntesis y conclusiones	245
Bibliografía	267

Prólogo

Además de representar una problemática estrictamente filosófica, el abordado enfrentamiento entre positivismo y antipositivismo debe calibrarse dentro del marco social en el cual emerge y reaccúa; marco que, para la circunstancia latinoamericana, supone aconteceres de tanta magnitud como la penetración imperialista, el predominio oligárquico, el ascenso de la clase media y el surgimiento del proletariado, junto a los cuales hay que tener en cuenta una gama de expresiones políticas concomitantes: conservadorismo, liberalismo, nacionalismo, populismo, variantes socialistas.

Se suele interpretar a la *mentalidad* o al *espíritu* positivo como una actitud filosófica que procura atenerse a los datos de la experiencia y al medio circundante, mientras rehuye el intuicionismo, las verdades incontrastables y el empleo ilimitado de la razón. El positivismo clásico se ha perfilado también como un *modus operandi* y una antropología de base biológica, según la cual ninguna de nuestras acciones, por excelsa que sea, escapa a las leyes orgánicas. La impronta positivista tuvo una singular resonancia entre nosotros y excedió en predicamento, dentro de la elite ilustrada, a las tendencias que sucedieron a la escolástica colonial.

Dotados de un talante prometeico, la evolución y el orden adquirieron la dimensión de una portentosa idea-fuerza, acompañada por el afán de novedades: un nuevo mundo (sociedad industrial), un nuevo hombre y un nuevo sujeto histórico (inventor e ingeniero), nuevos ídolos (máquina y laboratorio), nueva sensibilidad (experimentación), nueva educación (politécnica); nuevo lenguaje (trofoestokinesia en lugar de vida), nuevos ídolos (Comte, Spencer, Darwin, Haeckel, Büchner).

En nuestra América el positivismo de escuela adquirió una índole salvífica en Chile y Brasil, donde fue concebido como un apostolado con clubes y templos encargados de difundir la nueva Religión de la Humanidad y sus senderos para alcan-

zar la felicidad colectiva. En la Argentina, sin esa carga litúrgica, junto a un sinnúmero de instituciones y prácticas científicas, confluyen diversas inflexiones doctrinarias y disciplinares; mientras que sus exponentes se proyectaron a extramuros, con su presencia personal o mediante una obra debatida y traducida a diferentes idiomas.

Por otro lado, se entiende usualmente por reacción antipositivista a la batalla que, hacia fines del siglo XIX, comenzaron a librar una serie de corrientes heterogéneas contra ese poderoso enemigo común encarnado por el naturalismo y el cientificismo. Esa contienda no puede desvincularse de diferentes acontecimientos como las revoluciones mexicana y rusa, la primera guerra mundial, y otros episodios que ponen en tela de juicio la afianzada creencia en el mejoramiento gradual de la humanidad, mientras se menosprecian las inflexiones que habían cumplido un rol privilegiado: desde el intelectualismo, el experimentalismo y el organicismo hasta el agnosticismo, el cosmopolitismo, la vida urbana y la frenología.

En el antipositivismo se encuentran rasgos como los siguientes: revaloración de la metafísica y la religiosidad, del espíritu y la conciencia; diferenciación entre filosofía y ciencia, entre naturaleza y sociedad; humanización de la experiencia y del universo; rescate del desinterés y de la heróicidad. Asimismo, se insinúan en este conglomerado ideológico algunos principios y categorías fundamentales, refidos con la canónica positivista, como los de *vida y espontaneidad* (frente al mecanismo y al hábito), *totalidad* (ante el análisis y la descomposición), *libertad* (creativa pero también ordenadora) y *temporalidad* (tiempo multidimensional). Aún aguarda una investigación pormenorizada ese singular movimiento americanista simbolizado por la Reforma Universitaria junto al carácter idealista y espiritualista con el que se le ha asociado unilateralmente.

Entre los elementos más rescatables que aportó el positivismo latinoamericano tenemos el alejamiento de encuadres ensayísticos hacia un examen más riguroso y profundo de la realidad física y social; la apertura de la filosofía a las ciencias fácticas o la misma búsqueda de condicionantes extrateóricos en el conocimiento. Si bien predominó en nuestros positivistas una tónica individualista y etnocéntrica, cabe referirse a otras voces disonantes dentro del mismo movimiento que formularon opciones hacia los estratos indigentes, por el socialismo o el propio indigenismo. Los mejores exponentes de la reacción contra el positivismo extrajeron de él un cuadro bastante ecuánime.

Pese al legado transmitido por el movimiento positivista, en cuanto a enfoques menos tradicionales para el conocimiento y la acción, no pueden soslayarse sus excesos reduccionistas que lo hicieron caer en el mecanicismo y el fisiologismo. Mientras la concepción positivista endiosó a la ciencia y a la tecnificación, las vertientes que le salieron al cruce intentaron restablecer el primado de las humanidades, apelando a factores que volvieron a impedir la plasmación de un ideario más auténtico sobre nuestra personalidad colectiva.

Más allá de los tratamientos puntuales y sin dejar de asumir un anclaje historio-gráfico, Rosa Falcone se ha ingeniado para brindar un balance matizado entre ambas cosmovisiones y sobre aquello que analistas como el chileno Eduardo Devés han circunscrito como *leit motiv* de nuestro pensamiento continental: la oscilación entre períodos modernizadores y períodos identitarios.

Además de ese merecimiento interpretativo panorámico, en el libro en cuestión se destacan varias aristas temáticas particulares, como el *pendant* efectuado entre dos figuras claves que reflejan ambos posicionamientos en juego: el de José Ingenieros, con su intrincado devenir ideológico-intelectual y el fuste polémico de Coriolano Alberini.

Entre los casos significativos se rescata en esta obra el saldo edificante de la confrontación entre positivistas y antipositivistas, materializado a través de un órgano plural y comprometido: la *Revista de Filosofía*, que recibió colaboraciones de muchas latitudes en asuntos tales como el pacifismo, la unidad latinoamericana, el peligro imperialista, la función del intelectual y el fenómeno innovador de la Reforma Universitaria —objeto de abordaje contextual por parte de Falcone.

Si dejamos a un lado la fundante incursión en los dominios macroteóricos, el aporte principal en juego puede centrarse muy especialmente en la sección bibliográfica aplicada, donde se examinan tópicos cuasiobsesivos para la literatura y para la preocupación de la época: desde la locura, la alienación y el papel recuperatorio de los hospicios al valor del castigo y al sentido de la delincuencia moral.

Resultan también contribuciones a señalar, tanto desde el punto de vista heurístico como hermenéutico, la incorporación de las tesis psiquiátricas o el distanciamiento doctrinario frente a la gravitante escuela lombrosiana.

En resumidas cuentas, nos hallamos ante una provechosa labor de investigación sobre matrices culturales que, con sus más y sus menos, sus fascinaciones y sus fobias, se desarrollaron entre encrucijadas de subido ascendiente nacional.

HUGO E. BIAGINI